

El valor de la oportunidad

RESUMEN

El mañana permanece en blanco, abierto hacia la aventura humana, esperando la ingente llegada de decisiones cuyas categorías con frecuencia no pronostican de ninguna manera las consecuencias en el diseño del porvenir. No se trata de lo que se dice o se hace, sino de cómo y, sobre todo, de cuándo. Las decisiones tomadas en la juventud no permanecen ancladas en la lejanía de la adolescencia, sino que marcan por adelantado el rumbo de la vida, la individual y en ocasiones la de la humanidad. Desde el presente se construye el estrecho conducto hacia el futuro. Percibir el momento oportuno es el privilegio de la sabiduría.

PALABRAS CLAVE: Actuar, estar inactivo, hablar, callar, mover, permanecer inmóvil, comprar, vender, esperar, avanzar, retroceder, observar, relacionar.

ABSTRACT

The future remains a mystery, untouched, lying in wait of the vast number of decisions intrinsic to the human adventure, whose category and consequences in regard to the designing of a person's future remain unforeseeable. That does not refer to what is said or done, but to how, or above all, to when it takes place. Decisions taken in a person's youth do not remain inertly anchored in a long forgotten adolescence, but serve to establish the direction of an individual's life and even, in some cases, that of humanity. The present serves to construct the narrow path to be followed in the future. The consciousness of what is or is not opportune at a given time is the privilege of wisdom.

KEY WORDS: To act, to be passive, to speak, to be quiet, to move, to remain motionless, to purchase, to sell, to wait, to advance, to withdraw, to observe, to relate.

Primera parte

I. EL INSTANTE

La vida del hombre flota en un mar de pasiones, avanza sobre la cresta de infinitos anhelos y deja tras de sí una estela de ilusiones, unas cumplidas, otras frustradas. ¡Emocionante! No hay una palabra que califique mejor una existencia en la que nada está resuelto de antemano, en la que todo debe ser decidido, pero no por los seres humanos en su conjunto, sino por cada individuo, por sí y para sí mismo, ateniéndose a dos consideraciones: cómo y, sobre todo, cuándo.

Que el ser humano tenga la facultad de ordenar su futuro a capricho y antojo es un privilegio reservado al ser inteligente, un regalo de cuestionable libertad que le termina resultando gravoso, puesto que no sólo puede, sino que, quiera o no, tiene que decidir lo que más le conviene, por fuerza, obligatoriamente. La vida no se le da hecha como a otros seres vivos, que disfrutan de una mínima libertad recortada a poder elegir el punto dónde morder su comida o el lugar preferido para descansar, aunque al final tengan que hincar los dientes en aquello que esté dispuesto para su alimento y deban reposar en la clase de lecho considerado correcto por la naturaleza para cada especie.

La inteligencia con que la naturaleza ha ido dotando progresivamente al ser humano es incompatible con la dictadura tiránica que utiliza para regir la vida de otros animales. El motivo se halla en la capacidad lograda por cada hombre para elaborar ideas propias, lo que constituye el requisito ineludible si se pretende alcanzar una conducta libre y autónoma. La especie que ha resultado en el transcurso de la evolución no habría podido soportar la conducta normalizada, el dominio absoluto e indefectible de los instintos sobre las personas, precisamente porque la inteligencia pretende sustituirlos. No obstante, a pesar de la facultad extraordinaria de su razonamiento, el hombre no puede vanagloriarse de haberse librado de las conductas prefijadas de sus orígenes. Spinoza dice que en el enfrentamiento entre el alma y el cuerpo, éste es el que decide: «Los hombres son, sin duda, conscientes de sus acciones y apetitos, pero inconscientes de las causas que los determinan a apetecer algo».¹ No parece correcto perder la confianza en el ser privilegiado, de manera que es pre-

1 Spinoza, *Ética*, Cuarta parte, Pf. Ed. Alianza, Madrid 2013, p. 309-310.

ferible entender que la inteligencia mantiene una negociación permanente con los impulsos instintivos, lo que da como resultado una sinuosa línea fronteriza que limita el dominio de cada uno, linde que oscila constantemente según las circunstancias, pero que no se borra en ningún momento. En la medida que la primera, la inteligencia, avanza, los segundos, los instintos, retroceden y al contrario. Bergson lo dice con estas palabras: «No hay que olvidar que alrededor de la inteligencia queda una franja de instinto y que en el fondo del instinto subsiste un resplandor de inteligencia.»² Es una pugna constante que no se sabe cómo terminará, si es que lo hace. Por el momento, la evidencia nos dice que en el desarrollo de la razón, cuanta más inteligencia menos instintos y, al contrario, cuantas más tendencias elementales menos inteligencia.

Un animal primario no tiene esta lucha interior, está completamente a merced de los impulsos que le dominan y le mantienen en el nivel de obediente irracionalidad, con la peculiaridad de que, aun cuando su ser está empapado por una extensa gama de imposiciones a su conducta, carece de una, de un impulso interior exclusivo de la humanidad: el instinto de superación o de rebeldía. Es de superación, porque fuerza interiormente a las personas para que sientan un deseo vehemente de mejorar lo heredado de generaciones anteriores. Es de rebeldía, porque esta reacción vehemente no es generada por el conocimiento y la racionalidad, sino que tiene su origen en intuiciones apasionadas, débilmente basadas en la quimérica necesidad de que algo sea posible, así como en el rechazo sistemático de cualquier evidencia en contra.

Este permanente ardor humano por mejorar, y las pasiones con que rodea sus esfuerzos por alcanzar cada día cotas más altas de conocimiento y desarrollo, conducen al hombre a pensar que las pobres bestias sufren una estoica existencia, monótona y aburrida, en la que para ellas todo ha sido decidido en el momento de su aparición sobre la tierra, por lo que deben cumplir las normas dictadas al primer aviso, o, cuando menos, al segundo, sin la más mínima pretensión de cambiar, sin plantear la posibilidad de una forma diferente, mejor, de hacer lo mismo.

Un ser inteligente siente horror ante ese régimen de vida que contrasta violentamente con el impulso de su inquisitiva natu-

2 Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, II. Ed. Porrúa, México D. F. 1997, p. 64.

raleza, esa curiosidad alimentada por un germen que le proyecta a descubrir la propia senda, induciéndole a soñar que puede avanzar explorando a lo largo de un atractivo camino que le llevará hasta el progreso. El hombre necesita sentir orgullo por su labor, disfruta vislumbrando el éxito de su voluntad con anticipación. No se debe llegar, sin embargo, al equívoco de que toda persona es proclive al mismo entusiasmo. Una vida sin esfuerzo mental, sin la diversión que puede suponer el decidir a cada instante lo que se desea o prefiere, el mantenerse al margen de toda lucha, no resulta tan detestable para muchos que prefieren abandonarse a las decisiones ajenas o a los acontecimientos que surgen espontáneamente. Nos referimos a los que: «Deciden no decidir» según palabras de Ortega, amplio sector de quienes prefieren disfrutar el deleitoso dejarse llevar a lo largo de una vida insustancial trazada por intereses extraños.

Esta actitud no debería sorprendernos, considerando que el placer sazónador de las pasiones que alimentan el instinto de superación no resulta gratuito.

Una pasión es un impulso exaltado e indirecto nacido en la profundidad de la conciencia, un entusiasmo que fuerza a tomar decisiones precipitadas por encima de cualquier juicio razonado, una conducta que va acompañada frecuentemente por el riesgo de conducir a la persona desprevenida al sufrimiento causado por la dislocación del control interior y a la dispersión de las propias ideas. Quien es apasionado encuentra difícilmente la escapatoria al remolino de los entusiasmos que le impiden atender a las palabras de Cicerón: «¿Pero qué es en realidad controlarse sino volver a reunir en su sitio las partes dispersas del alma?»³ Dicho de esa forma parece simple, excepto que la pérdida del propio dominio es consecuencia de la forma de entender la vida. Por ello Cicerón insiste: «Mientras que los remedios que se aplican para el cuerpo vienen de fuera, la salud del alma se halla encerrada en ella misma».⁴

Nos hemos referido a las fuertes pasiones, emociones intensas sentidas en ciertos momentos, acaloramientos que no dejan de ser expresiones esporádicas de sentimientos indivi-

3 Cicerón, *Elogio y refutación de las pasiones*. Ed. Gredos, Madrid 2011, p. 139.

4 Cicerón, *ibid*, p. 126.

duales, no a los suaves entusiasmos que iluminan a la humanidad con su estímulo constante durante el transcurso de una vida sencilla.

¿Qué marca la diferencia en intensidad entre unas y otros? ¿Acaso el contenido del asunto en cuestión? No. La misma experiencia puede pasar inadvertida o levantar las más exacerbadas pasiones. Un sí o un no tienen la capacidad de cambiar el mundo con sólo colocarlos adecuadamente, en las circunstancias oportunas. El contexto, la relación comparativa, la situación social, la cultura, el grado de civilización, la hora del día o la noche, el mes, la estación del año, la materia y, de manera especial, los antecedentes. Todo participa en la trascendencia de una sola palabra. Pero sobre la extensa variedad de factores que pueden matizar la predisposición o el ánimo en una situación, hay uno absolutamente dominante, que sobrevuela y en último extremo decide por encima de cualquier otra consideración. Tanto si nos referimos a sucesos como a la apreciación de objetos materiales o movimientos financieros, nada se escapa, ni los acontecimientos sociales, ni las compras o las ventas del género que sean como oro, diamantes, piedras preciosas, petróleo, propiedades rústicas o urbanas. Con él cualquier materia o actividad puede alcanzar un interés extremo o la absoluta falta de apreciación.

El agente de tanto poder, el que hace tambalear cualquier pronóstico no suena, no se ve, no tiene ni volumen ni peso porque carece absolutamente de materia, ni siquiera necesita espacio: nos referimos al tiempo, no en cuanto a su propiedad de agente eterno, aquella que le concede la facultad de bañar todo lo que existe, ha existido o existirá a lo largo de su dimensión infinita, al que se refiere Heidegger con estas palabras: «El tiempo no es él mismo nada temporal»⁵. Ahora valoramos justamente su extensión contraria, la más fugaz, su mínima expresión. Prestamos toda la atención a la importancia decisiva que tiene el preciso instante, al valor accidental de este ser que no es, al momento en que algo acontece o deja de hacerlo, al punto en que se cruzan lo que está destinado a suceder, con quién o qué provoca el acontecimiento, a la importancia que adquiere en su combinación precisa con los otros dos valores que Schopenhauer cita como elementos del todo: «El tiempo es enteramen-

5 Heidegger, *Tiempo y ser*. Ed. Tecnos, Madrid 2011, p. 42.

te sucesión y nada más, el espacio es enteramente situación y nada más, la materia es enteramente causalidad y nada más.»⁶

Bergson nos cuenta: «Una enorme teja, arrastrada por el viento, cae y mata a un transeúnte. Nosotros decimos que esto es un azar. ¿Diríamos eso si la teja se hubiera roto simplemente contra el suelo? Tal vez, pero ello sería porque pensaríamos vagamente en un hombre que podría haber estado allí... El azar es, pues, una intención vaciada de su contenido»⁷.

En el primer caso, la caída de la teja ha coincidido con el preciso lugar e instante en que un transeúnte se hallaba en la trayectoria de su caída, no antes o después en el lugar o en el tiempo. Según Bergson atribuimos el suceso al azar por nuestra propensión a ver alguna intencionalidad, un interés anónimo por dañar al transeúnte, humanizamos el suceso cuando tememos la caída de una teja aunque se estrelle en el suelo, por lo que no podemos evitar un comentario en torno al peligro de los días ventosos. La realidad es que el viento siempre había estado soplando una teja que años atrás un albañil había dejado sin asegurar adecuadamente, hasta que, en el transcurrir del tiempo, las persistentes ráfagas de aire terminaron por levantarla. Nada habría sucedido por el ligero movimiento, pero debido a que la pieza de cerámica se encontraba en el extremo del tejado terminó precipitándose al vacío, desplomándose a toda velocidad hasta que algo se interpuso en su caída: un transeúnte que pereció víctima de la fatal oportunidad fraguada años atrás. La mente humana sintetiza automáticamente los hechos para comprimirlos en ideas simples que faciliten su comprensión, nada habría que decir de esta tendencia, excepto que, con bastantes probabilidades, las síntesis están abiertas a interpretaciones falseadas. Así, se podría decir también que un mal trabajo de un albañil dejó una teja suelta con el riesgo de que en algún momento pudiera matar a alguien, o que el tejado no había sido supervisado meticulosamente en el momento que los trabajos de renovación terminaron, o que los propietarios del edificio no se habían molestado en mantener la cubierta del inmueble a pesar de tener filtraciones cada vez que llovía, etc. La síntesis sim-

6 Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, L, 1º, 9, Ed. Alianza, Madrid 2013, p. 167.

7 Bergson, *Las dos fuentes de la moral y la religión*, II. Ed. Porrúa, Mexico, D. F p. 81.

plifica el acontecimiento y, sobre todo, libra de responsabilidades a las flaquezas del hombre, impersonalizando el accidente.

II. LA DECISIÓN

Speech is silver but silence is gold. El Hablar es plata pero el silencio es oro, expresión inglesa que en ningún momento aconseja permanecer en silencio permanente. Ni hablar siempre ni mantenerse en silencio indefinido. La valoración negativa del hablar no se refiere al propio ejercicio de emitir sonidos articulados que al construir palabras ensartadas unas tras otras se utilizan para comunicar ideas, situación que, por otra parte, de prolongarse sin tregua resultaría difícil de soportar para quien se mantuviera a la escucha. Tampoco debe desprenderse la errónea conclusión de que la máxima sabiduría humana reside en permanecer en silencio sepulcral ante los contertulios desafortunados que se vean forzados a mantenerse atentos por si algún vocablo surge del hermético rostro del meditabundo sujeto, hierático e impenetrable a los bostezos de su derredor, hasta que el más mínimo indicio del final del expresivo mutis empuje a los presentes a romper en alabanzas al valor del magistral silencio.

Nos enfrentamos a un problema mucho más difícil de resolver, tanto, que a lo largo de la vida se nos presentan infinidad de situaciones en que desearíamos, necesitaríamos conocer la respuesta.

Hablar o callar, ésa es la cuestión.

Un hombre primitivo, vulgar, sin gran capacidad intelectual, no comprendería nuestras vacilaciones. La ignorancia estrecha el espectro de posibles respuestas comprimiéndolas en una sola, inflexible y directa. Sus limitaciones le impiden apreciar cualquier matiz y le llevan a despreciar las consideraciones, la variedad de elementos que pueden alterar la respuesta y el momento adecuado para manifestar la opinión. Pensaría que hay que ser franco y decir lo que se piensa, sin escrúpulos o demora. ¡Allá va!, fuera contemplaciones, las cosas son así, al que le parezca mal que se aguante. Su corto entender no le permite imaginar las consecuencias de su rudeza. No puede entender que el matizar lo que se dice, cómo se dice y cuándo, puede hacer que varíe el resultado de una conversación que muy probablemente termine en disputa acalorada debido a su brusquedad. La falta de tacto nunca va acompañada de la sensibilidad

que evita los enfrentamientos y facilita los acuerdos negociados, aunque no sean de plena satisfacción. Schopenhauer conoce bien la psicología de esta clase de personas y no tiene muy buena opinión de ellas: «El hombre vulgar sólo se preocupa de *pasar el tiempo*; el hombre de talento de *aprovecharlo*»⁸. Estas dos vertientes en la forma de interpretar la vida no se producen por casualidad, son el resultado de tres factores. Uno corresponde a las dotes concedidas o negadas por la naturaleza, otro es atribuible a la fortuna de haber nacido en el seno de una familia que pudo proporcionarle una educación y, el tercero, el más importante, está a cargo del momento histórico y la sociedad en que la persona nació, en la buena o mala oportunidad en que este ser irrumpió en la vida.

El mismo hombre, en el mismo país pero en otro momento, podría haber gozado de un entorno social que le habría facilitado mejores oportunidades para formarse intelectualmente. No fue así y este ciudadano nació en un mal momento, en el periodo de la historia equivocado, aunque, también es cierto, es muy probable que viva satisfecho disfrutando de su vulgar existencia. Epicuro reprocha el abandono de quienes eluden el esfuerzo por superarse y prefiere mantenerse a distancia de ellos: «Jamás pretendí agradar al vulgo. Pues lo que a él agradaba no lo aprendí yo, y, por contra, lo que sabía yo estaba lejos de su comprensión»⁹.

No inferimos que la persona culta, o simplemente refinada, sepa dominar sus impulsos para intervenir acertadamente con el argumento justo y en el momento oportuno. Dominar la dialéctica o la retórica no ayuda, pues, con frecuencia, quien está instruido abusa de su preparación haciéndose empalagoso. Se trata de algo más sutil, más relacionado con la sabiduría que con el conocimiento aprendido. Lessing define muy bien la diferencia entre una y el otro: «Llámase erudición a la riqueza de ajena experiencia que se obtuvo de los libros, la experiencia propia es sabiduría. El mínimo capital de ésta vale más que millones de aquélla»¹⁰. Es evidente que la erudición no tiene ninguna posibilidad de éxito en este tipo de empresas. Es tarea de la sabiduría que se desprende de una experiencia enriqueci-

8 Schopenhauer, *Arte del buen vivir*, II. Ed. Edaf, Madrid 1965, p. 38.

9 Epicuro, *Obras completas*, Restos de cartas. Ed. Cátedra, Madrid 2009, p.115.

10 G. Ephraim Lessing, *Escritos filosóficos y teológicos*.

da con el esfuerzo por mejorar y la sensible observación, de la razón consciente que proporciona el autocontrol en las ocasiones en que se necesita templanza para reprimirse y no dejarse arrastrar por la provocación. Es preciso confiar en que surja el instante justo en que se puede intervenir con las palabras oportunas. La prolongada observación nos enseña que siempre termina abriéndose el hueco oportuno para entrar en un debate, puede ser hoy o mañana, de cualquier forma es preciso saber esperar, incluso asumir el riesgo de que la oportunidad nunca surja. Siempre será mejor permanecer callado que hablar a des-tiempo, en ese caso nos habríamos enriquecido con el silencio, el que tiene el valor del oro.

En una ocasión, fuimos testigos de una agria disputa que dos personas mantenían acerca de un tema nacionalista. Sus palabras eran tan ofensivas y el tono del enfrentamiento era tan duro, que una tercera persona que les acompañaba creyó conveniente no intervenir en la porfía y mantenerse al margen como silencioso testigo, simplemente atento a cualquier argumento interesante sobre el tema. El paso del tiempo no serenaba los ánimos, por el contrario, aumentaba la crispación. Fatigados de tanta pelea inútil y sin más argumentos que emplear para vencer al contrincante, uno de los púgiles verbales, buscando apoyo desesperadamente, preguntó al silencioso espectador su opinión: «Y tú, ¿qué piensas?» El tercer hombre no esperaba que se le presentara una oportunidad semejante, no estaba preparado, pero aquellas caras, sus miradas, no le dejaban ninguna duda de que estaban pidiéndole un juicio justo; de él dependía actuar con sabiduría y no defraudarles. El testigo carraspeó e inició una contestación delicada y suave, conciliadora, como no podía ser menos, dando la razón primero a uno, después al otro, para dejar claro al final que el extremismo de ambos era un error provocado por los intereses políticos y económicos. El silencio acompañó en todo momento al arbitraje del tercer hombre, lo que produjo en él un recelo natural. Era difícil interpretar aquel mutismo, no podía saber si la actitud de los protagonistas de la pelea era debida a la conformidad o al rechazo de su intervención. El pobre hombre tuvo que soportar la incómoda duda hasta que, al dar por terminados los últimos toques de sus razonamientos, el demandante de ayuda decidió hablar y dijo: «Hablas de tal manera, con una moderación y una suavidad, que me has convencido». En este caso, el sereno participante había sabido extraer oro, primero de su silencio y, en el momento

oportuno, de sus palabras. La acertada intervención había resultado un claro éxito que no supuso motivo de orgullo para el respetuoso mediador en el debate, sino, según confesó posteriormente, de enseñanza a sí mismo, de lección sobre el diferente resultado que puede obtener quien se incorpora en el espacio correcto de un diálogo. Haciendo memoria, el sabio observador recordó las palabras de Séneca: «Pues no hay que dar lecciones sino a quien esté dispuesto a escucharlas».¹¹

III. OPORTUNIDAD ESTÁTICA

Como iremos viendo en el transcurso de este estudio, la oportunidad se ramifica en una extensa gama de modalidades, todas ellas de igual importancia, pero con una repercusión inversamente relacionada a la velocidad de su desarrollo, cuanto más lenta mayores consecuencias, cuanto más rápida menores efectos.

Hasta ahora nos hemos referido a la clase de oportunidad que pertenece al trato directo, espontáneo entre individuos, o éstos y otros seres, la que depende del consejo, la educación, la sensibilidad o la intuición personal acerca de si se debe intervenir o refrenarse. Esta coyuntura es la dueña de aquellas rápidas y fugaces ocasiones que pueden dar lugar a que el resultado de un diálogo o negociación se modifique en pocos minutos o segundos, que varíe en un sentido o en otro. Hablar o callar, avanzar o quedarse quieto, comprar ahora, más tarde o nunca, vender o guardar. Es la versión de la oportunidad dinámica, la más brillante.

No siempre, sin embargo, los acontecimientos plantean las opciones de participar de forma inmediata o mantenerse al acecho por si es necesario intervenir. Con frecuencia un testigo lo es de forma prolongada a modo de espectador al que le corresponde permanecer en actitud pasiva, aunque sin dejar por ello de estar atento y dispuesto al aprendizaje de lo que ocurre en su presencia, siempre vigilante y absorbiendo información mientras goza de la ventaja de no estar involucrado, eso sí, con un estricto sentido crítico que decida sin pasión lo que debe asimilar por parecerle útil y lo que le conviene rechazar por inútil.

¹¹ Séneca, *Cartas filosóficas*, Epístola 29. Ed. Planeta, Barcelona 1995, p. 113.

Probablemente en algún momento del futuro pueda sacar provecho de las ideas que forme con aquellas experiencias ajenas no sufridas, ellas serán el manantial del que fluirán las sabias decisiones de cuándo y cómo intervenir en una versión diferente de oportunidad: la estática, la que requiere una atención serena e intemporal, transcurso del tiempo durante el que el sujeto relaciona automáticamente la evolución de los acontecimientos presentes con las conclusiones extraídas de antiguas experiencias, propias o extrañas.

La actitud a que nos referimos no es propia de inadaptados que se aíslan de la vida común. Es la conducta habitual de cualquier persona ante la necesidad íntima de construir unos esquemas propios de conducta, unas pautas que encaucen y soporten un orden interior que debe dar como resultado la propia moral, la ética, los principios, las prioridades y los prejuicios, en definitiva, todos aquellos elementos que dan fuerza a los pilares que soportan el concepto individual de la vida. Cada persona se esfuerza por ser dueña de una parcela exclusiva de comportamiento, de una opinión resuelta que pueda ofrecer respuestas acordes al juicio crítico que se ha formado, necesita sentir seguridad en el momento que subjetivamente considere oportuno intervenir en una situación que lo requiera.

La oportunidad estática mantiene una actitud latente de guardia, dispuesta a mostrar su velada imagen en cualquier momento, pero sin hacerse notar anticipadamente, flotando con mansedumbre en la profundidad de las aguas sumergidas de las intrigas humanas, esperando plácida e indefinidamente a ser instigada por las circunstancias. Los motivos de su intervención son variados, puede ser el impulso de la sabia opinión construida por el enriquecimiento que el sujeto ha ido adquiriendo a través de las vicisitudes diarias, o incitado por oscuros sentimientos, complejos o envidias.

«Cada día es una vida *en pequeño*, cada despertar y cada levantarse un nacimiento en pequeño, cada fresca mañana una juventud en pequeño y cada acostarse con su noche de sueño, una muerte en pequeño.»¹² Cuando Schopenhauer nos revela esta particular interpretación de distintos momentos de la rutina vital del hombre, confiesa un sentimiento profundo, una

12 Schopenhauer, *Arte del buen vivir*, V. Ed. Edaf, Madrid 1965, p. 180

forma personal de ver la vida que denuncia sus inquietudes, lo que simbolizan para él las insoslayables etapas diarias de la propia vida, exposición que deja desnudos los ejes en torno a los cuales gira el criterio con que define sus posturas, agudas observaciones que no tienen por qué ser compartidas por nadie, pero que suponen un firme esfuerzo por distribuir la localización de la pasiva oportunidad estática en apartados, para, una vez bautizados, ordenar las oportunidades en la escena del día que le correspondiera. Más allá de conjeturas, esta distribución lleva consigo un inconfundible mensaje existencial que, no por casualidad, Séneca compartía en gran manera al expresarse con estas palabras: «Considera cada día como una vida aislada».

No es habitual un reparto tan analítico del diario discurrir o de cualquier otro asunto, la mente humana no es capaz de tanto orden. De cualquier forma, gracias a esta división propia del talento de Schopenhauer, podemos comprender mejor cómo funciona la mente esquemática del hombre. El filósofo nos muestra con esta interpretación personal de la rutina de la evolución solar, una visión íntima motivada por secretos fundamentos que le hacen diferente y, por lo tanto, independiente. Una autonomía que preocupa a Nietzsche: «Muy pocos son independientes; éste es un privilegio de los fuertes.»¹³ Para ser diferente es necesario ser valiente, la originalidad coloca a quien lo es al margen de la multitud, le condena a la soledad, al aislamiento, al rechazo del hombre común que se limita a tomar como suyos los prejuicios y los dictados sociales, del ciudadano ejemplar que escucha atentamente a quienes deciden por él qué hacer y cuándo, el que admite como oportunidad el consejo publicitario. Al paso de los años, los dóciles miembros de la masa verán minada su opinión y se sentirán desorientados, pero estarán satisfechos porque se han librado del riesgo de equivocarse, habrán disfrutado de la total seguridad ante los acontecimientos previstos e imprevistos por ellos, alguien les habrá proporcionado fórmulas estereotipadas para atender sus necesidades, las genuinas y, sobre todo, las creadas.

El independiente, el que se mantiene fuera de la corriente social, lo es porque no le importa la censura que persigue a

13 Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, II. Ed. Busma, Madrid 1984, p. 60.

quien es diferente. Se siente fuerte ante las miradas o las actitudes de la multitud, en realidad, ni siquiera es consciente de la estrecha vigilancia que le sobrevuela. Sabe que tiene algo que molesta a los demás. No nos referimos al esnob que pretende destacar de la vulgaridad con ostentaciones económicas o culturales porque se alimenta de la admiración ajena. El independiente auténtico, el hombre libre, se sorprende de la reacción de otras personas ante lo que para él es natural, su forma de vida habitual. No entiende por qué le miran con agresividad en lugar de imitarle o al menos ignorarle. Claro, que si participaran de su independencia, él tendría que abandonar su propia forma de vida para recuperar la autonomía de pensamiento en otro lugar, todo con tal de mantenerse al margen, de no dejarse invadir por los hábitos contaminados que llevan a enfrentamientos irracionales que detesta, como que el rico ofende al pobre por la sola culpa de serlo, el feliz al triste, el fuerte al débil, el inteligente al torpe, el trabajador al vago, el triunfador al fracasado, el alto al bajo... el independiente al vulgar. No le resulta sencillo imaginar la causa que convierte a una persona en el blanco de la ira ajena sin haber dado motivos. Cicerón nos da la respuesta: «La envidia es la aflicción que se sufre por la prosperidad de otro, aunque ella en nada perjudica al envidioso».¹⁴ La envidia, reacción secreta que hunde al impotente en la mezquindad de desear el mal a quien no puede emular. Spinoza opina: «Nada más agradable para el envidioso que la desgracia ajena, ni nada más molesto que la ajena felicidad».¹⁵

Según los estoicos: «todas las perturbaciones, son originadas por el juicio y la opinión». Proceso intelectual que, de prolongarse, corre el peligro de desembocar en una actitud de envidia crónica, puesto que la opinión sobre asuntos ajenos es consecuencia de una cadena de juicios que puede que nadie haya pedido, en cuyo caso, no se trataría de una opinión, sino de la crítica abierta del comportamiento del causante de sus devaneos.

La envidia brota del interior del individuo envidioso por la propensión de su carácter, por la educación y por las impresiones que antiguas experiencias dejaron en su mente. Es un esta-

14 Cicerón, *Elogio y refutación de las pasiones*. Ed. Gredos, Madrid 2011 p. 99.

15 Spinoza, *Ética*, Parte tercera, p. XXXIX. Ed. Alianza, Madrid 2013, p. 256-257.

do de ánimo enmascarado que aflora cuando el sujeto cree percibir que sufre un trato injustamente peor al que disfruta el envidiado. No nos referimos a la envidia transitoria que cualquier persona puede sentir, sino a la que permanece siempre, en silencio, aun cuando no haya razón para sentir celos, habitando en los dominios de la oportunidad estática, intemporal, a la espera de ser provocada para saltar, no sólo contra blancos seleccionados o específicos, sino contra cualquiera que irrite, que crispe las células sensibles de su personalidad.

Sin darnos cuenta, avanzamos por el feudo de la irracionalidad que las pasiones tienen, como esencia, aquellas emociones que no se producen tan sólo como respuesta a lo que acontece en el preciso momento, sino que tienen su germen en predisposiciones sentimentales creadas con anticipación. Las pasiones, impulsos vehementes que se extienden a lo largo y a lo ancho del subsuelo del camino para surgir de las profundidades, aflorando en un punto cualquiera de la oportunidad estática, la perenne, la que permanece siempre a disposición. La carga sentimental que atesoran puede estar formada tanto por dulces sentimientos amorosos como por rencores hacia seres dispares, vivos o muertos: personas, animales, objetos, deportes o fenómenos atmosféricos. No se libra ni el agua, ni el sol, el invierno o el verano. En una palabra, todo aquello que pueda estar relacionado o haber sido causa de experiencias gratas o dolorosas podrá ser el futuro destino de ardorosas o frenéticas emociones. Las pasiones se mantienen siempre alerta, agazapadas en las profundidades de la mente a la espera de saltar al escenario en el instante que el sujeto sienta en su interior un arrebato. El apasionamiento no necesita justificación, al menos el cautivado no se siente en la necesidad de explicar lo que para él es un motivo más que evidente de entusiasmo, pensará que es la clara oportunidad, y lo es, la estática.

Lo dicho descubre en el hombre un universo saturado de contradicciones, juicios y prejuicios, complejos y traumas, inhibiciones y predisposiciones que provocan en Bergson el siguiente comentario: «El *homo sapiens*, único ser dotado de razón, es también el único que hace depender su existencia de cosas irracionales».¹⁶

16 Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, II. Ed. Porrúa, México D. F. 1997, p. 55.

Si la mente del hombre fuera de naturaleza simple, las consideraciones sobre lo oportuno y lo inoportuno de cada momento y lugar podrían terminar con los dos apartados de las oportunidades que hemos estudiado hasta este punto: las dinámicas y las estáticas, pero estos sectores del comportamiento constituyen la simple introducción a un tema que, lejos de estar agotado, deja la puerta abierta hacia un mundo complejo y misterioso.

IV. ACTITUD PERMANENTE

A quien, por algún conducto, la fortuna ha dotado de una delicada sensibilidad, no solamente le ha dado la clave para detectar las sutilezas de la llegada de las correctas oportunidades, sino que le ha regalado un gran tesoro que le hará feliz, al reportarle el beneficio del acierto en las intervenciones. Por añadidura, la agudeza mental no se limita a percibir las coyunturas favorables. Quien es sensible lo es también para apreciar el valor intrínseco de todo cuanto le rodea y la riqueza interior que cada cosa puede guardar celosamente, en secreto, las mismas que permanecen ocultas a las miradas menos avispadas, mentes que son engañadas fácilmente por falsas apariencias, señuelos que desvían al insensible hacia lo estéril. Sólo las mentes despiertas son capaces de discernir con acierto aquello que se muestra en momentos fugaces con rápidos destellos, con sutiles guiños, señales que, de cualquier forma, no pueden ser detectadas sin la educación de la experiencia, la maestra que permite atravesar el velo tendido sobre los valores que rodean al hombre, especialmente cuando el asunto está relacionado no con el presente, sino con el brumoso futuro, próximo o lejano, de una persona que tiene que abrirse camino en la vida, como un joven de poca edad y por lo tanto con escasa experiencia. La experiencia es el arma de que se dispone para prosperar en la carrera del vivir. De no contar con ella, la intensidad de los peligros aumenta de forma alarmante.

El único sustituto de la experiencia es el sabio consejo, no como imperativo, sino como un suave y razonado despejar el camino para que el inocente personaje pueda avanzar sin tropiezos y sin detenerse en la emocionante aventura de la realidad. Epicuro recomienda: «Ni por ser joven demore uno interesarse por la verdad ni por empezar a envejecer deje de interesarse por

la verdad».¹⁷ Es una buena advertencia que conduce al difícil trance de comenzar el infinito recorrido de la búsqueda de la verdad en todo cuanto se interponga en el discurrir por la vida. Lo verdadero contra lo falso, lo acertado contra lo erróneo, lo bueno contra lo malo, el éxito contra el fracaso. Es el eterno contrapunto de la escena con que el joven se va a topar en el momento de tomar decisiones. La inquietud del sabio no rehuye la evidencia de que existe el instante justo para hacer o iniciar un esfuerzo, su consejo simplemente pretende atajar la excusa de la edad para mantenerse lejos de la lucha, cuando la pereza es la causante del alejamiento del esfuerzo. Epicuro no admite ni la demora ni el abandono, cualquier momento es bueno para «interesarse o seguir interesándose por la verdad».

Para el joven, la verdad se comprime en el éxito material de la vida, no entiende que consiste en el acierto con que decida cada paso hacia un futuro que no existe, que él tiene que construir con sus elecciones constantes, ésa sí será su auténtica realidad, la que llevará consigo el éxito o fracaso, dependiendo de si su sentido crítico ha sido dirigido por una actitud permanente de enjuiciamiento acertado de las consecuencias de los propios actos. Será la gran oportunidad para alcanzar una vida feliz, la oportunidad superior para la que el minucioso detalle de cada acontecimiento puede que no siempre resulte importante. No debemos sorprendernos, puesto que el caso reafirma la norma de que cuanto más incierto sea el momento en que se debe tomar una decisión y más lento el progreso en revelarse los resultados, mayor permanencia y efectos se desprenderán sobre el sujeto.

El valor de la oportunidad no se refiere en este caso al instante fugaz que debe ser tomado en cuenta en cuanto aparece, sin retardo, para que no se esfume desaprovechado, tampoco a la necesidad de una actitud de vigilancia permanente, al hábito latente de esperar que algo que debe suceder surja y así intervenir. Nos enfrentamos ahora a una nueva versión de oportunidad al margen de la conveniencia de calibrar con la mayor precisión la hora, el minuto y el segundo en que se debe hablar o callar, hacer o esperar. Ahora podemos despreciar al relámpago que nos impulsa fugazmente para que digamos lo justo en el momento adecuado, o al mantenimiento de una actitud de ace-

17 Epicuro, *Obras completas*, Epístola a Meneceo. Ed. Cátedra, Madrid 2009, p. 87.

cho controlada por un orden mental definido por las enseñanzas y por los patrones de conducta instalados en la inteligencia individual.

Las palabras de Epicuro se refieren a determinados asuntos para los que las ocasiones pueden no surgir de fuentes externas, la acción, el movimiento, ahora nace en el interior de la persona como consecuencia del estudio de las circunstancias que le rodean. Una vez que las condiciones se presentan, a ella le corresponde dictar cuándo y cómo debe decidir, considerando que lo que haga puede tener una importante y prolongada repercusión en el futuro. La claridad de ideas y la fuerza de voluntad facilitan la tarea para entender los hechos adecuadamente y para imponerse a sí mismo una labor que con frecuencia significa un gran esfuerzo.

El ejemplo de un joven es ilustrativo porque no tiene pasado y su futuro es transparente. Sin embargo, las mismas normas son aplicables a todas aquellas situaciones en que alguien debe iniciar o permanecer haciendo algo que repercutirá sobre su propio futuro, como puede ser no sólo unos estudios o un trabajo, sino también qué trabajo y qué estudios. No menos importante es la vida sentimental y el resultado de la elección de pareja, o el lugar donde residir. Son decisiones personales intransitivas, que nacen, crecen y permanecen con el interesado para siempre, por sí o por la estela de ramificaciones en su futuro, que probablemente no repercuta sobre nadie más que por el beneficio o perjuicio que se puedan desprender de la relación social o sentimental con él mismo. Esta oportunidad se limita, por lo tanto, al momento indefinido en que la persona cree conveniente iniciar un camino, a la casualidad de haber llegado a mostrar interés en un momento concreto por consagrarse a una persona, por realizar algún esfuerzo intelectual, físico, de estudio, de investigación, profesional o de cualquier trabajo que no implique consecuencias directas para nadie. Es una determinación propia al margen de cuanto acontezca fuera del interesado, de efecto permanente o que debería mantenerse en lo posible por razones de la importancia que tiene para el sujeto, excepto que, por alguna razón, el interesado piense en la conveniencia de dar término a lo decidido, sabiendo que la íntima decisión de cerrar una etapa de la vida para comenzar otra le forzará a buscar una nueva oportunidad en otro campo, en el que aumentaría su inquietud porque probablemente la sensación del fracaso anterior le acompañe en el fondo de su conciencia.

Imaginemos al adolescente, joven sin ideas formadas, cuyo interés está volcado en la diversión y en las fuertes sensaciones del cuerpo, convencido de que la vida puede ser infinita, no siente el más mínimo interés por las consideraciones trascendentes, como pueden ser las previsiones acerca del trabajo o el respeto por la salud. Piensa que ya llegará el tiempo de decidir y que de alguna forma y en algún momento, sin duda el futuro le pondrá el éxito en las manos. No tiene referencias que le permitan estimar la profundidad del tiempo, su falta de experiencia le amontona la vida sobre sí mismo, efecto psicológico que le lleva a disfrutar, más que el presente, el ahora mismo. Para él, el pasado no existe y el futuro es el término abstracto donde nacen los sueños, disfruta el tiempo del ahora sin más, sin la sabiduría construida por la experiencia o el equilibrio de la cautela. El presente, el siempre presente es la referencia, el destino del pasado y el punto de partida de todo. Su falta de experiencia le impide comprender la importancia del futuro, momento al que llegará inexorablemente y que no le ofrecerá la opción de retorno para rectificar. Es el lugar del tiempo donde madurará el fruto de lo sembrado hoy y donde tal vez florezcan los quiméricos sueños del presente. No obstante, será preciso que se mantenga alerta, porque encontrará un camino saturado de espejismos que podrá despejar de los auténticos valores sólo con agudeza. Aunque él no lo entienda, en cierta manera ya vive el futuro según decía Ortega: «vivimos el futuro inmediato», estamos en él mientras pensamos, cada paso que damos lo hacemos en el futuro del presente pasado, el de las oportunidades permanentes, aquellas que rodean siempre tanto al joven como al viejo.

Si el joven demora el interesarse por la verdad embriagado por el convencimiento de disponer de la vida infinita de un ser inmortal, los primeros síntomas de vejez apartan al adulto de la lucha por motivos opuestos, presiente que el final de sus días se aproxima, evita realizar cualquier esfuerzo y pierde todo interés por seguir construyéndose a sí mismo profundizando en «la verdad». Prefiere regresar a los orígenes, a la vida primaria donde se disfruta de la complacencia elemental del abandono.

La indolencia es un tremendo error, tanto como la demora, ambos demuestran no tener una visión amplia de la vida, les falta el sentido de conjunto que tiene la existencia única, porque la interpretan como un periodo de tiempo en que el hombre transita entre sectores absolutamente diferentes, separados

por cambios radicales de las facultades físicas e intelectuales. No sienten la continuidad, no creen en ella, no disfrutan elevándose sobre sí mismos convirtiendo la experiencia en sabiduría. Los cambios físicos y mentales se producen constantemente, no en los extremos de la vida. Cada año, cada día, cada momento, los seres vivos son diferentes, lo que en ningún momento tiene por qué significar degradación para una persona. El hombre de hoy no es ni el de ayer ni el de mañana, afortunadamente, de cada uno depende que el cambio sea en el sentido positivo, que el futuro sea el alojamiento de superación. Las consideraciones acerca de la edad no son correctas, cada etapa del recorrido tiene una oferta que el interesado debe aprovechar. Escuchemos lo que nos dice Schopenhauer: «En la juventud, domina la contemplación; en la edad madura, la reflexión, por eso la primera es la época de la poesía; la segunda, la de la filosofía.»¹⁸

Muchos son quienes han comprendido las oportunidades que brinda la edad avanzada, nadie mejor que Platon: «Has de saber, en efecto, que cuanto más amortiguados están en mí los placeres del cuerpo, tanto más crecen los deseos y satisfacciones de la conversación.»¹⁹ Tertulia que sería densa, considerando que de ella saldría el proyecto de una república ideal.

Así como para la juventud el pasado no tiene contenido, en la edad avanzada se teme la carga del futuro. El paso del tiempo se interpreta como un cuenta atrás, un agotar el espacio de existencia concedido a cada cual que provoca un impulso irracional de supervivencia, a costa de todo, incluso de los mayores sufrimientos, sin el propósito de esforzarse por mejorar el futuro, simplemente por el afán de vivir por vivir aunque sea una vida miserable, sin el orgullo o satisfacción de una existencia honorable enriquecida con el esfuerzo y la fortaleza de espíritu que lleva a interpretar el paso de los años como trofeos al bien hacer. El final puede llegar en cualquier momento o lejos en el futuro, por lo que no se puede ni dejarse intimidar por la edad ni utilizarla para abandonarse a la pereza. La experiencia brinda una riqueza de información que permite realizar labores nunca imaginadas en la juventud, es un tiempo libre de interferencias e inquietudes banales que impiden entregarse a lo que apasiona. Platón insiste: «Los ojos del espíritu no empie-

18 Schopenhauer, *Arte del buen vivir*, VI. Ed. Edaf, Madrid 1965, p. 253.

19 Platón, *La república*, I. Ed. Alianza, Madrid 2008, p. 68.

zan a ver con claridad hasta la época en que los del cuerpo se debilitan.»²⁰

¿Se quiere una justificación para continuar? Uno mismo, la propia dignidad, el convencimiento de lo que se vale como persona, la nobleza de la lucha por hacer un ejercicio mental y físico que mantiene al ser humano por encima de la adversidad, simplemente por el estar vivo de verdad: «Haz que la contrariedad sea tu estímulo y el impedimento tu grandeza», dice una antigua sentencia. La edad avanzada es el gran momento de poner en práctica lo que siempre se ha deseado, lo que se ha venido postergando, en ella podría residir la oportunidad tan largamente esperada.

Lo grande está por hacer, siempre es el momento oportuno para realizar el esfuerzo supremo. No obstante, por la misma razón que al joven le avisábamos de que no podía demorar sus decisiones y que evitara actuar a la ligera por el efecto que éstas causarían en su futuro, ahora tenemos que preguntar al hombre maduro por el acierto en tantas medidas que tomó a lo largo de la vida, ¿actuó con previsión en las innumerables ocasiones que fue necesario? ¡Cuidado con la respuesta! porque Kierkegaard nos avisa: «Sólo las naturalezas inferiores encuentran en otro la justificación de sus actos.»²¹ Los frutos del árbol se recogen en la madurez, pero no hay que olvidar que las raíces de la planta se hunden profundamente en la tierra durante los años jóvenes, según Schopenhauer. De la juventud se parte, pero si no se mantiene un proyecto de vida con decisión, los regateos, la demora o el abandono precipitan al riesgo de que el individuo llegue a la madurez vacío, exhausto, sin bagaje con qué sentirse orgulloso y fuerte interiormente.

Lo estudiado se puede considerar el pilar central en torno al cual gira la actitud permanente, la disposición personal constante que más que comprometer a la actuación en un preciso instante, mantiene a la persona alerta para que decida cuando sea necesario, ni antes ni después, en cualquier ocasión en que los acontecimientos lo aconsejen.

La gravedad con que hemos venido tratando el capítulo hasta este punto, podría dar la falsa impresión de que el man-

²⁰ Platón, *Diálogos*, El banquete o del amor. Ed. Espasa, Madrid 2004, p. 268.

²¹ Kierkegaard, *Temor y temblor*, Problemata. Ed. Alianza, Madrid 2009, p. 98.

tenerse a la expectativa constante de lo que sucede está relacionado siempre con asuntos trascendentes, pero esta idea sería del todo equivocada, porque las experiencias surgen con la variedad y los matices de un arco iris, abarcando todos los colores posibles, mezclando constantemente lo importante con lo divertido, lo placentero con lo doloroso en un caudal de emociones imposibles de pronosticar y menos de controlar. Sabido esto, el adecuado comportamiento no es precisamente el que fuerza a seleccionar la respuesta práctica aunque pudiera resultar amarga, sino el que es capaz de combinar la eficacia con la armonía de los colores más bellos, los que ayudan a soñar, los que enriquecen la vida con las irisaciones desplegadas ante los ojos de las experiencias. La clave es la firmeza, la vigilancia y la disposición permanente a decidir lo oportuno sin dilación pero sin arrebatos.

Se podría concluir que la oportunidad permanente es: la gran oportunidad, el orden general que rige la vida de los seres por encima de las coyunturas temporales que, si bien tienen trascendencia puntual, el efecto puede ser atenuado y corregido por el conjunto de las decisiones ordenadas en la estructura general de esta actitud permanente, la que para muchos pasa desapercibida por su gran dimensión y aparente simplicidad. Su grandeza no debe despreciarse porque en su enorme extensión se acaudalan los recursos para construir la vida que cada uno desee, la más bella y mejor. La actitud permanente agrupa en sus dominios los ingredientes para el disfrute de una existencia sembrada de retos y luchas con los que alcanzar el estado ideal que, si se sabe plantear con sabiduría, se llama felicidad.

V. OPORTUNIDADES NATURALES

Hasta ahora hemos recorrido las distintas relaciones entre las personas y los acontecimientos. La primera se refiere a la posesión de la sensibilidad necesaria para reconocer el momento oportuno, aunque fugitivo, para intervenir eficazmente en un diálogo que, con toda seguridad, finalizará en breve, de ahí que la llamemos oportunidad dinámica. La segunda estaba relacionada con la psicología de algunos individuos, de su predisposición subjetiva constante, de un estado de ánimo que, aunque se mantenga en silencio, está siempre a la expectativa de que algo lo aguijonee para saltar, a esta versión la calificamos de oportunidad estática. La que acabamos de tratar es la tercera, la más

importante a nivel humano, porque afecta a todos los hombres sin excepción a lo largo de la vida entera. Las reacciones sistemáticas que cada uno tenga, su entrega o indiferencia, dinamismo o incuria le acercará o alejará del éxito en su vida, del premio más perseguido: la felicidad. Todas ellas tienen en común el protagonismo del propio hombre, él es el eje de cuanto suceda. A partir de ahora comenzaremos a desarrollar otras modalidades en las cuales la naturaleza lleva la iniciativa, dejando para el ser humano una sola misión, la de adaptarse.

El hombre no es el rey universal, el monarca que da órdenes para imponer su autoridad absoluta sobre todo lo existente, dictando el qué, el cómo y el cuándo según su capricho, sin respeto por nada y por encima de cualquier consideración, despreciando las normas establecidas por la propia naturaleza. Su relación con el universo se desarrolla justo al contrario. Desde su aparición en la tierra, ha tenido que sufrir todo tipo de adversidad, las más variadas desventuras impuestas por la reina indiscutible, la verdadera, la naturaleza que generosamente le ha suministrado una inteligencia superior, una herramienta que le ha permitido avanzar humilde y progresivamente, agazapado en la tierra mientras ingeniaba la manera de ir más allá de la estricta adaptación a las manifestaciones de los elementos naturales, benignas o agresivas, aprovechándolas o protegiéndose de sus efectos, estudiando sus frecuencias, ritmos y cadencias para sacar beneficio del momento de su aparición o de su ausencia, previendo, anticipando las oportunidades en que realizar sus labores.

El ser humano tiene a su favor que el transcurso del tiempo no ha provocado desgaste ni merma de sus capacidades, al contrario, el esfuerzo constante le ha hecho crecer, le ha llevado al refinamiento de su poder de observación a tan alto nivel que ha podido establecer pautas de comprensión que le permiten desvelar uno tras otro los principios naturales, sus secretos, no para modificarlos, no está a su alcance y probablemente nunca lo esté, afortunadamente, porque la intervención sin dominio completo causaría el caos natural. Su programa es el de establecer un paciente estudio que le permita engranar o combinar las leyes de la naturaleza de tal manera, que aún sin dejar de responder a sus propias reglas, el resultado del entrecruce de reacciones naturales termine facilitándole el producto que desea.

El progreso humano no rompe las leyes que gobiernan el cosmos, intentarlo sería una inútil locura. Se esfuerza por adap-

tarse al orden general que rige las evoluciones del planeta, en primer término, y del sistema planetario, en la medida que conquiste rutas estelares. Estudia los cambios de estación, las intervenciones caprichosas de los agentes atmosféricos, la climatología, las reacciones ígneas del interior de la tierra, los accidentes geográficos, el movimiento de los cuerpos celestes, las leyes de la gravitación universal o de la relatividad, de los átomos y de las partículas subatómicas con la esperanza de aprovechar sus efectos.

El hombre es el espectador del universo que su esfera de percepción le permite observar. Kant decía que sólo existe aquello que somos capaces de percibir. De ser así, la ciencia es creadora, puesto que, referente a las grandes magnitudes, en el principio el hombre sólo veía lo comprendido dentro de la esfera cósmica trazada por los límites de su vista desnuda, más tarde aumentó su radio de percepción en virtud del telescopio rudimentario de Galileo. No siendo bastante para las aspiraciones humanas, en los tiempos presentes, los más sofisticados equipos de rastreo del firmamento han magnificado la esfera de percepción del hombre de forma asombrosa. Ateniéndose a la regla kantiana, eso es todo lo que existe, en la actualidad, lo que de ninguna manera indica que se haya alcanzado el límite, el extremo definitivo de lo perceptible y por lo tanto existente. El método de percepción intelectual o deductivo alimentado por el progreso constante en las observaciones avisa al hombre de que hay mucho más de lo que es capaz de ver en el presente, que en algún momento el hallazgo de la «infinitud» del universo se desplomará sobre sus asombradas cabezas. En el sentido opuesto, al dirigir la atención a lo más pequeño, a lo diminuto, surge idéntica incertidumbre. Ante las atónitas miradas de los científicos equipados con microscopios cada día más potentes, «nacen» constantemente menores y más insospechadas partículas. Cada vez que se conviene en cual es definitivamente el componente mínimo de la materia, se detecta otro elemento menor que echa por tierra los acuerdos.

Podría decirse que se «crean» nuevas galaxias y cuerpos celestes, así como nuevas partículas subatómicas, a medida que la ciencia supera los antiguos medios de observación, tanto para lo grande como para lo pequeño. Aunque, de la misma forma que el hombre no es el rey que dispone, sí que se ve obligado a ser el súbdito que aprende a obedecer, es decir que, inicialmente, el Homo Sapiens avanza por el cosmos de la ignorancia cons-

ciente de que sus principios han de mantener el respeto por la información recabada, y, en su caso, averiguar si hay posibilidad de utilizar los nuevos hallazgos en su provecho, de haberla, cómo y cuándo.

1. *Cíclicas*

El sol no gira en torno a la tierra, tampoco la naturaleza en torno al hombre. El firmamento entero avanza inexorablemente hacia lo desconocido, cumpliendo una misión inexplicable para el ser inteligente. Heidegger diría: «La vida se da», y lo hace sin miramientos, indiferente a las consideraciones humanas o al resto de las especies que lejos de toda inquietud viven una estoica tranquilidad, ignorantes de que su vida está condicionada tanto por la órbita de aquel punto luminoso que surca el cielo cada día, como por la sucesión de alteraciones periódicas de temperatura y humedad.

El hombre antiguo no podía especular con los datos a su alcance, el reducido tamaño de su esfera de percepción recordaba su capacidad de extraer conclusiones del entorno. El hambre y la lucha por la supervivencia le imponían un pragmatismo que le alejaba de cualquier divagación. Sin embargo, la propia necesidad terminó forzándole a expandir e intensificar sus observaciones, dado que el conocer las fuentes de peligro y el distinguir lo comestible de lo que no lo era, no le resultaba suficiente garantía de supervivencia. La mente humana había dado un salto hacia adelante en la conciencia de su ignorancia que le estimuló para que investigara, necesitaba las respuestas a infinidad de preguntas formuladas por la curiosidad, tenía que aprender lo necesario sobre los fenómenos elementales que le condicionaban.

No tardaría en descubrir cuáles eran los periodos en que los animales emigraban, la época en que los pastos crecían, la temporada oportuna para sembrar las plantas que comía, la época de cosecha, la llegada de las etapas de frío y calor, de sequía y de lluvia, revelaciones de gran interés por su significado de hambre o abundancia. Descubrir la relación de los fenómenos con las dificultades o bonanza era trascendental, pero además observó que se repetían. La primavera, el verano, el otoño y el invierno surgían tras el paso de una incierta cantidad de jornadas, pero el más destacado hallazgo fue saber que se trataba de ciclos que se sucedían indefectiblemente. En el momento en que

fue capaz de percibir este fenómeno, alcanzó el nivel requerido para programar el momento adecuado en que debía realizar sus elementales labores. El hecho de entender la cadencia de las estaciones del año le llevó a la conclusión de que debía realizar su trabajo en momentos precisos, había aprendido a valorar la oportunidad en que las labores del campo debían ser realizadas para que su esfuerzo no se perdiera, era preciso elegir el momento, el período idóneo que le proporcionaría una buena cosecha.

La inercia cultural hace pensar al ciudadano del siglo XXI, que la división del tiempo con sus equinoccios y solsticios es una evidencia que se plasma gráficamente en un calendario de forma automática, pero nada más lejos de la realidad. El hombre antiguo debió sufrir los desajustes de las temporadas durante miles de años.

Ni siquiera el sol fue siempre la referencia para establecer las estaciones. Hay indicios de que el calendario egipcio de los años 4000 o 3000 a. C., se basaba en la Luna, al igual que el babilónico, del 2000 a. C., que ya estaba dividido en doce meses. El primitivo calendario romano tenía diez meses, aunque haya llegado a nosotros con doce tras sucesivos cambios. En el origen, este calendario tenía 304 días y los meses no coincidían con las estaciones sino por periodos de cinco años. El rey Numa lo modificó para llegar a 355 días, añadiendo los meses de enero y febrero. Julio Cesar, de donde procede el nombre del mes de julio, anteriormente llamado Quintilis (quinto mes), asesorado por el astrónomo griego Sosígenes, realizó una reforma total, prolongando el año hasta los 365 días, no con ello eliminó los errores en la colocación del año bisiesto. Octavio Augusto, quien dio nombre al mes de agosto originalmente llamado Sextilis (sexto mes), incorporó nuevos cambios para corregir las variaciones que se producían con el transcurso del tiempo, modificaciones que, por otra parte, demostraron no ser eficaces. Fue el papa Gregorio XIII, en 1582, quien, accediendo a la petición del Concilio de Trento, acordó fijar definitivamente la correcta situación de los años bisiestos en la posición que se conoce en el presente. No por tantas modificaciones el almanaque en uso es perfecto, al paso de 4000 años habrá variado 1 día, 4 horas y 48 minutos.

Italia, Portugal y España, países de tradición religiosa católica, admitieron directamente el calendario aprobado por el papa

Gregorio XIII, seguidos por otros estados católicos. Alemania, Inglaterra y Suecia esperaron al siglo XVIII y Rusia no sustituyó el juliano hasta 1918. Para terminar, Grecia y otras comunidades ortodoxas no incorporaron el calendario gregoriano hasta al año 1923.

«Se encuentran en el pasado, y podrían encontrarse aún hoy, sociedades humanas que no tienen ni ciencia ni arte ni filosofía. Pero no ha habido nunca una sociedad sin religión.»²² Bergson nos recuerda con estas palabras la invariable presencia de las religiones en todos los pueblos a lo largo de la historia de la humanidad. Asistencia no justificada por ser un simple elemento enriquecedor, sino por constituir un pilar en torno al cual giran las sociedades, como demuestra el hecho de haber estado siempre presentes mientras que los diferentes sectores de las culturas como la ciencia, el arte o la filosofía, pueden haber estado o no.

La constante del mundo espiritual en los pueblos no es una casualidad, es la consecuencia de la necesidad humana de soporte interior trascendente, dependencia profunda que explica la razón por la que las autoridades religiosas en general se han permitido extender su influencia a temas sociales que aparentemente no tienen nada que ver con asuntos del alma. En ocasiones, pueden no verse con claridad los motivos de su injerencia en asuntos civiles, como cuando fue precisa la autorización del papa Gregorio XIII para alterar el almanaque, pero, precisamente, este caso resulta aclaratorio, porque pone en evidencia el inevitable entrecruce de poderes en la sociedad. Nada importante sucede en un país sin que afecte en alguna manera a todas las instituciones y la población completa, y, en esta ocasión, la modificación del calendario trastocaba el orden litúrgico de la Iglesia, forzándola a recomponer la estructura de sus fechas significativas, de sus fiestas y de sus oficios religiosos, debilitando en alguna manera las emociones de los creyentes.

El papa nunca pudo imaginar las consecuencias que su decisión tendría en el futuro. Primero sería la amplia aceptación del calendario gregoriano tanto por países católicos, como por los pueblos anglicanos y ortodoxos. Más tarde, en el siglo XX, la economía globalizada unida al desarrollo de las nuevas tec-

22 Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, II. Ed. Porrúa, México D. F. 1997, p. 55.

nologías y las finanzas forzó a todos los estados del mundo a regirse por un mismo calendario, y, puesto que el motor económico surgió en Occidente y éste contaba con la más precisa repartición del tiempo, su almanaque, el admitido por el papa Gregorio XIII en el siglo XVI basado en el antiguo calendario romano, fue aceptado para la distribución de los días, meses y años a todos los niveles y en todo el mundo, lo que no impide que muchos países continúen con sus calendarios tradicionales para la ordenación de eventos religiosos, populares o políticos.

Paulatinamente el mundo está normalizándose. La producción, las finanzas y el comercio, los hábitos, el consumo y las diversiones se han homologado ya. Las nuevas generaciones no muestran gran interés por las tradiciones y mucho por el cosmopolitismo. Este fenómeno no debe inducir a la conclusión de que los países han perdido la propia idiosincrasia, no lo han hecho, de ello se encarga el sector conservador de la población, el mismo que se ocupa en generar la fuerza que han tomado los nacionalismos, la lucha por mantener la propia identidad, cuando en realidad la pasión más generalizada es el viajar por el mundo obedeciendo a los impulsos del poderoso instinto colonizador del hombre. Como demostración de este argumento recordemos lo que Séneca pensaba: «No he nacido para un sólo rincón; mi patria es todo el mundo visible»²³.

La uniformidad del calendario no deja de tener importantes limitaciones, conflictos entre territorios debidos a que la esfericidad del planeta impide la coincidencia del día y hora, en el mismo instante y en cualquier punto de la tierra. El giro de la tierra ante el sol provoca que suceda a un tiempo el ayer, el hoy y el mañana, la noche y el día, la mañana y la tarde. Cada uno se da simultáneamente en algún punto de la tierra con su propio valor, siendo lo que son, una división natural del tiempo que brinda la posibilidad de realizar las funciones correspondientes según la luz que reciben los habitantes de la comarca del planeta que baña en ese instante. La noche reclama descanso, el día actividad, mientras que la mañana es fresca y esperanzas, la tarde llega envuelta en fatiga, pide recogimiento y abandona las intrigas para el mañana. El ayer custodia los recuerdos del hoy, en el hoy florecen las sensaciones vivas del presente, y el mañana recibe los anhelos del hoy.

²³ Séneca, *Cartas filosóficas*, Epístola 28. Ed. Planeta, Barcelona 1995, p. 131.

Una reflexión que ayudaría a saber las decisiones que se deben tomar ahora, tendría que enfocarse como el regresar del porvenir para revisar la conducta del pasado cuando aún es presente, salto equivalente a desplazar los tiempos con una visión práctica, con una perspectiva de futuro que neutralizara los frecuentes arrepentimientos por las decisiones tomadas en el pasado, los habituales reproches por aquello que se ha dicho o hecho mientras que se desearía haber actuado de manera diferente o, simplemente, no haber dicho o hecho nada.

Un espíritu sereno nunca debe actuar a la ligera, tiene que ser consciente de que en cada momento, con cada experiencia presente, está viviendo los recuerdos del futuro, construyendo sus memorias, las que revisará en el porvenir. Ha de saber que tiene la oportunidad tan anhelada por muchos: la de poder rectificar el pasado. El mecanismo es sencillo, sólo tiene que dar un salto atrás en el tiempo de su futuro virtual para, sabiendo las consecuencias de sus errores, no cometerlos ahora. ¡Quién está en mejor posición para juzgar y modificar el pasado que quien lo vive en el presente!

El ir y venir en el tiempo son consideraciones desde el presente, que es cuando se experimentan las sensaciones y las emociones que ordenan y matizan cada decisión. Para San Agustín existían estos tres tiempos: «El presente de las cosas pasadas, el presente de las cosas presentes, y presente de las cosas futuras»²⁴, giro natural en torno al propio sujeto, consideración egocentrista afincada en el presente como punto equidistante entre el pasado y el futuro, donde con frecuencia los malos recuerdos del pasado visitan a las personas para dejar un mensaje de disgusto y de frustración, debido a que el arrepentimiento rara vez proporciona la capacidad de rectificar los errores. El futuro, en cambio, es el gran reto, la joven oportunidad cargada de optimismo que oscila entre la sensatez, que acompaña por la sabiduría avanza hacia lo conveniente en un dominio siempre virgen, y la irreflexión, sensible tan sólo a los empujones de las apetencias. Epicuro nos llama la atención: «Debemos recordar que el futuro ni es nuestro totalmente ni totalmente no nuestro»²⁵. Lamentablemente es cierto que las mejores decisio-

24 Saint Agustíne, *Confessions*, XI. Ed. New City Press, New York 2005, p. 237.

25 Epicuro, *Obras completas*, Epístola de Epicuro a Meneceo. Ed. Cátedra, Madrid 2009, p. 87.

nes pueden arruinarse ahogadas por los imponderables del futuro, pero también es difícil imaginar que un curso constante de errores proporcione un futuro brillante. Esta posibilidad es semejante a la siguiente consideración de Schopenhauer: «Cien necios puestos en un montón no producen un hombre de talento»²⁶.

La misión primigenia del calendario es, precisamente, establecer una estructura, una distribución en parcelas del futuro basada en la experiencia del pasado, para que el hombre pueda tomar decisiones en el presente sabiendo anticipadamente qué fragmentos de su porvenir desea colocar y dónde. Es un esquema basado en el lugar de coincidencia de los acontecimientos observados a lo largo del año natural, un esfuerzo por aprisionar los ciclos naturales dentro de un orden humano que permita determinar las fechas que se consideran de interés, y así beneficiarse del conocimiento anticipado de la llegada de los cambios. En un principio, el hombre no tendría que haberse molestado en marcar fechas si el paso de las temporadas no hubiera significado nada, pero cada estación llevaba consigo cambios meteorológicos que podían ocasionar bonanza o penuria, por sí mismas o por la habilidad con que se recibieran, lo que significaba que para el experto, el paso de los días era una fuente inagotable de información de lo que se debía y de lo que no se debía hacer, en cuanto a lo que a él le afectaba, directa o indirectamente por su relación con el resto de las especies, animales y vegetales. Precisamente porque la rutina del hombre en muchas ocasiones en nada coincide con algunas especies, cuyas jornadas de actividad y reposo, su vida activa y pasiva es contraria a la humana.

La simplicidad de la vida de los seres primarios no necesita distribución alguna del tiempo. Como alternativa a la inteligencia, la naturaleza les ha suministrado una sensibilidad extraordinaria para interpretar las más mínimas variaciones de la luz o de la oscuridad, del calor o del frío, de las presiones atmosféricas, de los sonidos y quién puede saber de qué otras fuentes de información a las cuales el hombre es insensible, facultades no distribuidas de manera general, sino irregularmente entre las especies, según el cometido que les fue designado hace miles de años.

26 Schopenhauer, *Arte del buen vivir*, II. Ed. Edaf, Madrid 1965, p. 37.

La vida del ser inteligente es mucho más compleja, no siente ni escucha los mensajes naturales, piensa, elabora conceptos abstractos basados en la razón. La precisión con que el hombre puede decidir no es el resultado de simples intuiciones ni de impulsos irracionales, es el resultado del rápido estudio de mil consideraciones. El simple acto de la reproducción no suele ser la consecuencia de la excitación de las tendencias básicas, sino de la planificación caprichosa de las apetencias de placer, a pesar de las consideraciones de Epicuro: «Las relaciones sexuales jamás favorecen, y por contentos nos podemos dar si no perjudican»²⁷. Sus gustos en las comidas derivan sin cesar hacia productos cada día más sofisticados y, consecuentemente, adulterados, alejándose de los alimentos naturales. Es el único ser que manipula o cocina antes del ingerir los pocos que son simples. Cocer, freír o de alguna forma tratar los alimentos con fuego, algo que ningún otro ser hace, como tampoco comen o beben sin apetito o sin sed.

Para el *homo sapiens* nada sucede de forma arbitraria, controla hasta los más pequeños detalles de su existencia, sin embargo, a pesar de que cree engañar a la naturaleza con sus juguetes amorosos, su número continúa aumentando de forma peligrosa. Los animales y las plantas viven un régimen más ordenado, tanto unos como las otras se reproducen en la fecha exacta en que los impulsos naturales les indican, antes o después su esfuerzo sería estéril, especialmente las plantas que tienen que florecer y ser fecundadas coincidiendo con la estación, el día o la noche, el momento, la hora y la luz que les corresponde, desviarse del período justo equivaldría a una flor marchita, la falta de polinizadores, el riesgo de que los retoños murieran congelados, abrasados por el sol o víctimas de la dureza de los agentes atmosféricos.

2. *Esponáneas*

Hasta este punto, hemos analizado la lógica que puede tener la distribución entre las conductas que resultan correctas por ser oportunas, al acertar en la elección del tiempo en ponerlas en práctica, y las que, por los inconvenientes que pueden desprenderse como consecuencia de su inoportunidad, son erró-

²⁷ Epicuro, *Obras completas*, Fragmentos, B, V. Ed. Cátedra, Madrid 2009, p. 108.

neas. El desarrollo es tan diáfano y tan firme, que no parece que sea necesario extenderse más en el estudio de la relación entre las decisiones del hombre y los márgenes de tiempo que la lógica le marca para actuar, pero siempre quedan matices que desmenuzair.

Sucede, que la distribución de las buenas y malas ocasiones, colocando a un lado las propicias que nos sirven de norma de cómo sacar el mejor provecho del esfuerzo, y en otro las contraindicadas, las que se deben evitar porque necesariamente llevan al fracaso, no es más que el principio, debido a que los compartimentos que garantizan el éxito o el fracaso en primera instancia no son permanentes, definitivos, y pueden invertirse.

Vamos a hablar de las uvas. Si nos detenemos a realizar un análisis de esta succulenta baya, llegaremos con facilidad a sencillas conclusiones que ensalzan sus propiedades como deliciosa fruta, dulce y jugosa, rica en azúcar y vitaminas siempre que se recolecte en la temporada correcta y se conserve adecuadamente para evitar que se pierda. La conservación es una manipulación artificial de las condiciones naturales, con la que se prolonga la frescura de una fruta hasta momentos en que debería estar marchita. En general, la conservación es la lucha contra el deterioro de algo que apreciamos tal como es. Queda claramente expuesto que, con referencia a la uva, es nuestro deseo que se amplíe la oportunidad de comer esta fruta en las mismas condiciones en que se recolectó de la vid, en el tiempo justo de su maduración.

Pudiera suceder, no obstante, que en el trajín de la vendimia un cubo de uvas fuera olvidado en un rincón del almacén, bajo unas condiciones de temperatura, luz y humedad concretas. Allí permanecería abandonado, sin cuidado de ninguna clase, hasta que pasado algún tiempo alguien lo hallara por casualidad y viera que algo imprevisto había sucedido. Espontáneamente, las uvas se habían ajado, fermentado y transformado en algo que en nada recordaba a las preciosas esferitas que tanto deleitaban los paladares. La reacción natural de quien descubriera aquel amasijo de olor penetrante sería tirarlo a la basura, pero, afortunadamente, alguien le frena diciendo que aquel irritante olor proviene del alcohol que se ha producido como consecuencia de que la fruta se ha convertido en vino. De repente los términos se invierten y las uvas, tal como eran, pasan al olvido, la transformación se ha

convertido en el objeto valorado y la oportunidad apreciada ya no es en torno al momento de la cosecha, sino que ahora se estudiará la manera de separar aquel néctar de los hollejos y los escobajos mientras se calcula el tiempo óptimo en que el vino llegará a tener la mejor calidad y solera.

Es una diferente valoración de los sucesos. Un reconocimiento de que las decisiones humanas se mantienen siempre por detrás de los fenómenos naturales. El hombre está siempre al acecho, pero impotente, a la expectativa de que la naturaleza se descuide en el cielo por ocultar sus secretos para arrebatárselos. Pero el tiempo está de parte de lo natural, es un colaborador absoluto que le ayuda a transformarlo todo, con prisa o con calma, a las personas, a los animales, a las plantas y a los minerales, con espontaneidad aparente, sin participación de nadie y fuera de cualquier programa. El tiempo es el arma con que la naturaleza siempre recupera las riendas que en algún momento parecía haber perdido, valiéndose de su asistencia actúa con total libertad, despreciando cualquier plan o previsión.

En ocasiones, la fortuna, como por olvido, deja que la puerta del imperio de la ignorancia donde habitan los hombres quede entreabierta, esperanzada de que la curiosidad de algún ladino humano le lleve a asomarse por la rendija para realizar un sensacional descubrimiento.

Los científicos siempre se sorprendieron de que la tierra estuviera tan limpia de microbios a pesar de recibir los restos de todos los organismos vivos, humanos, animales y vegetales, deshechos putrefactos infectados por los gérmenes que acabaron con sus vidas. Este hecho ocupó la atención de los investigadores durante años con pequeños hallazgos nada concluyentes. Fueron necesarias dos casualidades para que se produjera la revelación: que una reacción extraordinaria se produjera, y que el bacteriólogo británico Alexander Fleming la descubriera una mañana al mirar a través de su microscopio el cultivo de estafilococos áureos que había dejado abandonado la noche anterior. Algo había causado unos pequeños círculos de microbios muertos en el cultivo. El camino se había abierto ante él y no dudó en avanzar con resolución para averiguar lo que había matado tan misteriosamente a las bacterias. Tenía que ser el moho de unas diminutas migas de pan que habían caído por casualidad sobre el cultivo, no cabía ninguna otra explicación. El descubrimiento debió ser absolutamente desconcertante, el

llamado *Penicillium notatum* había sido la causa de aquella sorprendente reacción. Fleming publicó su hallazgo en 1929, pero nadie le prestó demasiada atención, no era el momento, la oportunidad, no sólo porque ni la ciencia ni la sociedad estaban preparadas para la sorprendente revelación, sino porque rompía los esquemas tradicionales, dado que como indica Popper: «Para que una teoría nueva constituya un descubrimiento o un paso adelante, es menester que entre en conflicto con su predecesora; esto es, es menester que lleve al menos a algunos resultados conflictivos»²⁸. Al paso de diez años, Howard Walter Florey y Ernst Boris Chain se interesaron por el olvidado descubrimiento, y en 1941 lograron un preparado clínicamente efectivo. En 1942 quinientos casos fueron tratados con penicilina en Estados Unidos con resultados positivos. Había llegado el momento, y, en reconocimiento a sus méritos, el bacteriólogo británico fue nombrado Sir Alexander Fleming. Poco más tarde, en 1945 compartió con Florey y Chain el Premio Nobel en medicina y fisiología.

Gracias al tesón de estos hombres que tuvieron la fuerza necesaria para luchar contra su tiempo, había comenzado la era del medicamento más revolucionario de la historia, un hallazgo que ha salvado millones de vidas y curado miles de millones de enfermedades. Un preparado descubierto de forma espontánea por un científico genial con la ayuda de la casualidad, por un hombre que supo ver lo que, mostrado a los ojos de multitud de personas, nadie había sido capaz de percibir antes.

Manuel ESTEBAN LAMAS

Licenciado en B.A. / Filósofo

28 Popper, *El mito del marco común*, 1, VIII. Ed. Paidós, Barcelona 2005, p. 35.

